

ota 60 - Biblioteca de Sargentos.

MANUALES AVILÉS-CASTILLO

Volumen IX

**MANUAL**  
DEL  
**GINETE EN EL COMBATE**  
POR  
*D. Fernando Altolaquirre Garrido*  
Capitán de Caballería



BARCELONA  
**Avilés-Castillo**  
Paseo de San Juan, 45  
**1909**



*S. M. el Rey D. Alfonso XIII*

MANUALES AVILÉS-CASTILLO

Volumen IX

# MANUAL

DEL

## GINETE EN EL COMBATE

POR

*D. Fernando Altolaquirre Garrido*

Capitán de Caballería



BARCELONA

Imp. de la Revista Científico-Militar

Paseo de San Juan, 45

1909

---

Reserva los los derechos de traducción  
y reproducción.  
Registrado según la ley.

---

---

Imprenta Castillo.—Paseo de S. Juan, 45, Barcelona

---

## I.—El ginete en la guerra

---

1.—Tú .....  
á quien cupo en suerte ser .....  
..... reflexiona un momento  
y comprenderás que, del mismo modo  
que en una familia todos sus individuos  
tienen obligación de contribuir con su  
trabajo al sostenimiento de aquélla, en  
el conjunto de familias que forman la  
Nación Española, cada español tiene el  
deber de ayudar á sostener y engrande-  
cer la Patria.

2.—En una casa, mientras el padre busca  
el medio de vender el grano recolectado,  
el hijo mayor se ocupa en trillararlo, otro  
hermano lo ha segado, otros trabajaron  
el campo, y la madre, las hermanas y las  
esposas, mientras aquéllos se dedicaban  
á los trabajos dichos, cuidaron de la ropa,  
de la comida y de la casa donde todos  
se albergan.

3.—Lo mismo, ó muy parecido, ocurre



con la Patria: unos administran justicia, otros curan á los enfermos, aquellos, trabajan el campo y otros, en fin, defienden cuanto se cobija bajo la bandera nacional: los que tal misión cumplen se llaman *soldados*, y á serlo obliga la ley á cuantos hombres útiles hay en la nación; ser soldado, es pues un honor, dada la confianza que en él deposita la Patria, al encargarle que vele por su tranquilidad y que la defienda de toda clase de enemigos.

4.—Tan honrosa misión, ofrecíste á Dios y á los hombres cumplirla hasta el último extremo, al jurar el estandarte ante tus jefes, oficiales y compañeros y ante todo el pueblo en que prestas tus servicios: fijate bien: juraste *defender la bandera de la Patria hasta perder la última gota de sangre y no abandonar nunca al que te está mandando*; es decir, que al superior que habrá de dirigir tus esfuerzos y tu entusiasmo, como siempre has de *seguirle*, deberás obedecerle, no á ciegas y porque sí, sino poniendo toda tu inteligencia en cumplir sus órdenes con acierto.

5.—Si alguna vez te parece raro lo que te manden, obedece sin pensar en ello: ya llegarás á comprenderlo todó cuando veas el éxito que el esfuerzo común logró; aunque creas que la orden dada te compromete más que á otros de tus compañeros, no vaciles en obedecer: lo difícil, lo duro, lo peligroso es lo que prueba á los hombres, lo sencillo lo hace cualquiera; sirves en un arma en la que la intrepidez y el arrojo lo hacen todo, y en la que es siempre preciso obedecer pronto, bien y con decisión.

6.—A cuantos visten el uniforme militar habrás de considerar como hermanos; todos tenéis los mismos sagrados deberes que cumplir; de todos es preciso el esfuerzo para que la España que os vió nacer, sea la más próspera entre todas las naciones; cuando pienses en esto recuerda que cualquier acción fea, todo lo contrario al honor, arrojaría un baldón sobre tus hermanos, y muéstrate fiel guardador de su honra, observando intachable conducta en todos los actos de tu vida.

7.—En la paz, según antiguo proverbio militar, has de instruirte para la guerra; para ello, basta *querer*: buen deseo y obediencia al que te enseñe, son las únicas virtudes que necesitas practicar; pon gran celo en aprender, pues por mucho que hagas, todo lo verás compensado el día en que, por el modo de ser de la guerra, sea recibida con gritos de júbilo tu aparición en el campo de batalla, por comprender tus hermanos de armas, al verte lanza en ristre ó con el sable en guardia y la decisión pintada en el rostro, que vas quizá á perecer; pero á salvarles ó á vengarles.

8.—A cumplir cuanto va dicho, deben dirigirse tus esfuerzos; el mayor galardón á que debes aspirar consiste en que, cuando cumplido el tiempo de servicio regreses á tu hogar, tu filiación diga que honraste á tus padres cumpliendo como bueno, y los que fueron tus superiores, al recordarte, piensen “fué un buen soldado de su Patria”.

## II.—El caballo



9.—No creas que lo tienes muy cómodo para trasladarte de un pueblo á otro, nada de eso: el caballo para el soldado de caballería, es su arma principal: inteligente, noble y sin conocer el temor, marcha siempre impetuoso sin mirar á donde, y mientras conserva alientos jamás retrocede ni se para: figúrate lo que, con semejante auxiliar, podrá hacer un ginete y deduce lo que para ello tiene que practicar.

10.—El cuidado material de tu cabalgadura, es lo primero que te debe preocupar; montado sobre él, aunque no alcances la victoria, serás siempre un héroe que se sacrificó por los demás; sin caballo, porque el mal trato te prive de él, servirás para muy poco; para que no se canse, lo más práctico es tenerlo siempre sano ó, para mayor claridad, muy bien cuidado.

11.—Sin que nadie te lo ordene debes, en todo tiempo y ocasión, cuidarte de que coma sus piensos, beba agua á sus

horas, esté bien herrado y sin que ninguna prenda del equipo le moleste, por mal puesta ó por estar deteriorada.

12.—Aunque te parezca raro, se conocerá que practicas todo lo dicho en que tengas siempre muy limpio el caballo y el equipo: si aquél está sucio, puede adquirir una porción de enfermedades y, á más de quedar desmontado, corres el peligro de cogerlas tú: el caballo que está muy limpio, tiene siempre aspecto alegre, y el caballo de buen aspecto revela que está completamente bueno.

13.—Si descuidas la limpieza de las distintas prendas del equipo, podrá suceder que enferme tu caballo; dejando, por ejemplo, polvo y sudor en los bastes y en las cinchas, adquirirá alguna infección: si el bocado se oxida, el envenenamiento de la parte interior de la boca le producirá excoiaciones, no podrá comer y, decayendo insensiblemente, llegará á no servirte para nada: ya ves si resulta necesario que te esmeres en conservar limpio el equipo.

14.—Si á pesar de tus cuidados en-

ferma el caballo, tendrás que dedicarle mucho más tiempo, enterándote de lo que dispongan los Veterinarios encargados de su asistencia y cumpliéndolo al pie de la letra, pues de su observancia depende el que lo tengas pronto bueno; aunque, si lo pierdes, te darán otro en seguida, es muy desagradable cambiar de montura y también perjudicial, pues el acostumbrarse á otra y el que ella se haga á su jinete supone tiempo, durante el cual no resulta completo el soldado de caballería.

15.—Siendo un mal, pero un mal necesario, el herrado del caballo, á ello debes dedicar gran atención, procurando no tenerlo que herrar nunca en marcha, pues en esas circunstancias se herra de prisa y sin fijarse en si la herradura sienta ó no bien: para conseguir esto, es suficiente tenerlo siempre bien herrado, mirándolo detenidamente al saber que tienes que salir; para disminuir algo los inconvenientes dichos, debes tener siempre un par de herraduras, una de pie y otra de mano, que estés seguro

le sientan bien; y para que no sea maltratado durante la operación, has de presenciársela siempre tú, haciendo uso de la confianza que por el buen trato debes inspirar al caballo, que ante tu presencia será siempre docil y sumiso, si has querido que lo sea.

16.—Aunque tengas un caballo bueno y bien cuidado, no es bastante para que puedas considerarte “soldado de caballería”: es preciso que te hagas entender de él, que lo montes con seguridad y que, sin ninguna violencia, lo conduzcas y lo guíes por todas partes y á todos los aires, teniendo presente que las vacilaciones de un caballo ante ciertos obstáculos, se las trasmite casi siempre el jinete, de modo que de tu energía depende hasta el temperamento que el caballo adquirirá, cuando llesves algún tiempo montándolo.

17.—Para que conduzcas tu montura como te convenga, lo más práctico es que aprendas cuanto te enseñen sobre el asunto, tus superiores, bien entendido que, con ello, el ganancioso eres tú,

pues si descuidas las reglas de equitación, sobre no servir para nada, más de una vez correrás grave riesgo, por no poderte sostener con agilidad sobre el caballo, por ser incapaz de conducirlo en determinadas circunstancias ó por no saber sacar partido de sus facultades.

18.—Teniendo presente que no hay dos caballos iguales, en lo que se refiere á temperamento y condiciones físicas, procura conocer bien el tuyo y, para cuanto se refiere á su cuidado y manejo, inspírate en lo que, desde muy antiguo, dijeron los maestros de la Equitación: “para ser buen jinete son condiciones indispensables: tener amor al caballo; ser vigoroso y atrevido y tener mucha paciencia:” ello te dice bien claro lo que debes hacer para que tus compañeros de armas vean en tí al soldado de caballería, que en mil casos de apuro, podrá sacarlos de él con bien.

### III.—La lanza

19.—Es el arma legendaria del jinete, y del jinete valiente: con ella en la ma-

no, no se concibe el volver la vista atrás; solo á la moharra debe mirar el lancero, teniendo presente que, como está junto á dicha parte la bandera nacional, ésta ni puede abatirse, ni caer al suelo, más que empapada en la sangre de quien la sostuvo en sus manos.

20.—Si eres lector, no olvides que tu arma principal es de las que imponen respeto con sólo contemplarla: nada más imponente que un grupo de lanzas, que envuelto en polvo reparte la luz del sol en innumerables destellos; pero, para dicho efecto moral, es preciso que las bruñidas moharras sean capaces de brillar, por lo que, quien use el arma de los antiguos caballeros, ha de esmerarse en su conservación y limpieza, por ser ésta necesaria para que en momentos determinados, amedrente al enemigo.

21.—Si oyes decir que la lanza solo sirve para herir y aun esto una sola vez, desprecia el dicho: en un lancero torpe para el manejo de su arma, puede que se verifique así, pero el que practique con esmero cuanto el reglamento táctico

previene, será temido en el ataque y temible en la defensa: la bayoneta, el sable y la lanza de tu adversario, deben serte despreciables, si fijas tu atención en los quites y adquieres la necesaria agilidad para ejecutarlos.

22.—En el ataque colectivo, cuando con la lanza enristrada cargues en unión de tus compañeros de cuerpo, ten presente que vuestra fuerza consiste en la cohesión y en presentar como una muralla erizada de moharras que rápidamente avanza sobre el enemigo; y no albergues ningún temor: una carga de lanceros, si está bien dirigida y es rápida, no la esperan más que, si acaso, otros lanceros que también avanzarán.

23.—Cuando llegues al combate individual, á la lucha cuerpo á cuerpo, sea cualquiera el arma de tu adversario preséntale el lado derecho y sostén esa situación, pues como él sabrá que poniéndose á tu izquierda te defenderá peor, hará lo posible por tener esta ventaja: al enemigo lancero, debes herirlo cuanto antes; al infante y al jinete que

usa el sable, puedes tenerlos á raya cuanto quieras hasta encontrar una ocasión de herir con acierto.

24.—Todas las armas son buenas, cuando se manejan bien, pero no olvides que la lanza es más propia del ataque que de la defensa; procura, cuanto antes, inutilizar á tu rival: si éste tiene alguna arma de fuego, aún debes ser más rápido en la acometida, moviéndote constantemente para que no pueda apuntar, y trata de conseguir que descargue su arma sin causarte daño; si ese caso llega, decaerá de un modo notable su valor y tu triunfo es seguro.

#### IV.—El sable

25.—Es arma que reúne casi las mismas condiciones favorables para la defensa y para el ataque; si se maneja con soltura, un buen ginete puede hacerse respetar y temer, aún de más de un enemigo: llevando carabina, es el arma que se emplea á caballo: para el lancero, lo es de reserva, bien cuando la lanza se pierde, bien para perseguir ó luchar con

un adversario provisto de sable y, en general, para todo combate individual.

26.—Como la lanza, necesita el sable de cierta visualidad que solo con una esmerada limpieza podrás darle: si dejas que la humedad oxide la hoja, si lo envainas mojado, es muy fácil que cuando necesites desenvainarlo no lo puedas conseguir y te veas en el duro trance de ser vencido sin lucha ó tener que huir, lo que nunca, ni en ningún caso, debe hacer quien quiera titularse soldado de caballería: reflexiona las consecuencias que puede traerte el que tu sable no esté siempre como acabado de bruñir.

27.—Todo lo útil que es un sable bien manejado, resulta perjudicial en el que lo esgrime con torpeza; y ten presente que en este caso la agilidad, no solo consiste en lo referente al manejo del arma, sino en que realices aquél con independencia completa del mando del caballo, pues si para defenderte ó atacar vuelves inconscientemente el caballo, el quite ó la cuchillada los harás al aire.

28.—Practica con frecuencia la esgri-

ma que tus oficiales te enseñaron y pon en ello tus cinco sentidos, pues á nadie interesa más que á tí la perfección; y con los sables de palo, que seguramente tendrás en el cuartel, lucha con tus compañeros, sin que un mal entendido amor propio sea causa de que sufras ó causes accidentes, que nada enseñan y son tan desagradables para el que los causa, como para la víctima.

29.—Cuando en el campo de batalla llegues al combate individual, recuerda que tu flanco débil es el izquierdo, y si luchas con un jinete, teniendo en cuenta esa misma consideración, procura atacarle por aquel lado: si fuese lancero, sobre procurar lo mismo, debes acercarte todo lo posible; la lanza, como arma larga, es más peligrosa á cierta distancia que muy cerca, á más de que así te lo exige la longitud de tu sable: cuando tu adversario sea un infante, no pretendas atropellarlo con tu caballo: aunque te parezca fácil, no lo es; debes defender lo posible tu montura, pues si te derriban con ella, habrá terminado el combate pa-

ra tí: al igual que el lancero, si tu adversario lleva arma de fuego, impide que apunte, moviendo constantemente tu caballo y busca el dejarle con su arma descargada.

30.—Lo mismo las estocadas que las cuchilladas, ten presente que, según aconseja la táctica, para ser eficaces necesitan: *fuerza* para poner á tu enemigo fuera de combate; *alcance*, que consiste en herir desde lo más lejos posible; y *dirección* para herir donde te convenga ó donde menos peligro haya para tí, si no aciertas.

31.—La estocada debes siempre emplearla para herir á tu adversario en el pecho ó en el costado; las cuchilladas, son de más efecto dirigidas á la cabeza y á la mano de la brida: las últimas tienen su principal aplicación cuando, durante el combate, se ve el jinete rodeado de enemigos y necesita abrirse paso á viva fuerza.

### V.—La carabina

32.—Es tu arma auxiliar, pues aunque siempre combatirás á caballo, el modo de ser actual de la guerra exigirá, quizá con frecuencia, que amparándote en ciertos accidentes del terreno detengas con tu fuego á una fracción enemiga, mientras llegan tus hermanos de la Infantería, que no pueden trasladarse de un punto á otro con la misma rapidez que tú.

33.—Como arma de gran precisión, la que tienes es delicada y exige mucho cuidado: como las demás, servirá para que juzguen de lo que eres al ver su limpieza: por egoismo debes exagerar aquélla, pues la más pequeña suciedad impide que funcione bien: por lo tanto, imagínate lo que serás si sobre verte pie á tierra, no puedes disparar.

34.—A toda costa evita que el moho ú orín llene de manchas las partes metálicas, para lo cual evita siempre la humedad, y si por un momento tienes que prescindir de este cuidado, en cuanto te sea posible seca tu arma; si observas

en ella sitios oxidados, limpia éstos y engrásalos, pero sin tratar por ningún medio de que el metal quede bruñido.

35. Una de las cosas que con mayor constancia debes evitar, es que en el interior del cañón entren cuerpos extraños, para lo cual, siempre que manejes el arma, en ejercicio ó combate, cuida de no dejarla abierta sobre el suelo y, cuando hagas fuego en la posición de echado, no dejes nunca que el cañón se apoye en la tierra: una partícula de ésta que penetre en el interior, puede ser causa de que reviente el cañón y sobre quedarte desarmado puedes ser herido.

36.—Después de un fuego de alguna duración, suelen quedar residuos de pólvora entre las rayas del ánima, que son perjudiciales; para evitarlo, trata de quitar dichos restos con un trapo, un cordel ó un poco de estopa y, en seguida, engrasa el cañón por su interior: si no tienes grasa, con manteca sin sal, petróleo ó aceite, pero nunca con agua.

37.—Cuando vayas á hacer fuego, si no estás completamente seguro de que tu

carabina está bien, mírala despacio: todo es preferible, antes de que te expongas á un accidente ó á quedar desarmado en un momento de peligro.

38.—Evita siempre los golpes, no dejes la carabina puesta en la montura largo rato, sobre todo, si no vas á estar tu á la vista del caballo, ni tampoco la pongas en sitio donde fácilmente pueda caerse; en los casos de duda, llévala á la espalda, puesto que no te impedirá ningún movimiento y es lo más seguro.

## VI.—El fuego

39.—Casi siempre que lo hagas, será para defender una posición y dar tiempo á que lleguen otros; por ello, es indispensable que te persuadas del útil empleo que debes hacer de las municiones; ten presente que casi nunca tendrás más que las que llesves encima, y no las derroches, sin que por esto debas dejar de hacer fuego, cuando te lo manden.

40.—Aún cuando las órdenes que recibas sobre la manera de hacer fuego te

parezcan raras, obedécelas sin vacilar: el que te mande, abarcará la situación mejor que tú y, con más práctica, puede medir mejor las distancias, así como la velocidad del tiro y su dirección; con que procures ver bien al enemigo y dispares á la voz ó con una prudente rapidez, haces bastante para cumplir tu deber.

41.—Durante el fuego, podrá suceder que, á pesar de todos los cuidados, se inutilice tu carabina; por ello, no debes retirarte, ni mucho menos permanecer inactivo, sino buscar el arma de alguno de tus compañeros á quienes la muerte ó una herida haya privado de tomar parte en la acción.

42.—Nunca dispares deprisa y sin apuntar; el que así procede es porque está aturdido y el aturdimiento suele ser manifestación de cobardía; obrando atolondradamente, como no causarás ningún daño á tu enemigo, haces mucho mayor el peligro de tu situación y debes tratar de disminuirlo en vez de aumentarlo.

43.—Las municiones te se entregan para que pongas fuera de combate cuantos

adversarios te sea posible; no debes desperdiciarlas tirando de cualquier manera, ni tampoco hacer inútiles economías; en cuanto no se oponga á las órdenes que tengas, si comprendes que con tus disparos puedes derribar á un enemigo, haz fuego cuantas veces sea necesario; ten presente siempre, que, *una bala bien dirigida es más útil que cien disparadas al azar.*

44. Procura que tu arma, esté constantemente cargada, pues la rapidez en el fuego no se obtiene apuntando de prisa, todo menos eso; apunta siempre con la misma calma que en el polígono donde aprendiste á tirar y, para adquirir rapidez, haz de prisa la carga; según la táctica, “la celeridad ó lentitud del fuego puede obtenerse, también, por la mayor ó menor duración de las pausas ó silencios entre las ráfagas y también es factible moderar aquélla, lo mismo que la intensidad y el consumo de municiones, haciendo que solo tiren algunas fracciones de la sección y limitando el número de cartuchos en cada ráfaga”.

45.—Si estás en la posición de cuerpo á tierra y no ves bien al objeto de tus disparos, haz la carga en dicha posición y, para apuntar y disparar, ponte en lo de rodilla en tierra, volviendo en seguida á la de echado, para cargar.

46.—Dispara siempre contra objetos que veas bien á tu frente y no contra los laterales, pues la puntería sobre éstos es muy incierta, y no olvides, al apuntar, que el viento desvía bastante las balas, por lo que, si aquel sopla por tu derecha, debes apuntar desviándote un poco hacia el mismo lado.

47.—En el fuego por descargas, apunta con el cuidado de siempre, pues si fias en el número de disparos que sobre el enemigo van á dirigirse, como todos tus compañeros pueden pensar lo mismo, el fuego no tendrá efecto alguno.

48.—La disciplina, es más necesaria durante el fuègo que en ningún otro acto de la vida militar; ella exige que cuando el enemigo avance, si no hay probabilidad de herirle ó quedan pocas municiones, esperar á pie firme, sin disparar;

con esto comprenderás lo rígida que deba ser la disciplina en una tropa que está al frente del adversario.

49.—Si oyes la voz “alto el fuego” aunque hayas apuntado no dispares nunca; pon cuidado á las nuevas órdenes que puedan darte y todo lo aprisa que puedas acaba la carga, si la voz te sorprende en esa operación; esto mismo debes hacer cuando te se ordene el avance, sin perder un segundo de tiempo.

50.—Cuando tu jefe ordene el combate á pie, sin precipitarte, pero con rapidez, ponte en disposición de desplegar: deja tu caballo bien arreglado para que el que ha de tenerlo, lo pueda hacer fácilmente; no olvides que el montar á caballo tendrá que ser siempre aprisa, y déjalo todo de modo que te cueste muy poco recobrar tu carácter eminentemente ofensivo, que es al que principalmente has de atender.

51.—Una vez en guerrilla, debes cubrirte lo posible, aprovechando los accidentes del terreno que tengas próximos, sin que por ello te adelantes á la línea ni

mucho menos quedes detrás; sino te señalan un sitio preciso, escógelo tú, pero teniendo presente que, más que defensa material, debes buscar el ocultarte de la vista del enemigo; una cerca, un vallado, una tapia, que tan buena protección parece que brindan, no son convenientes, porque el enemigo tiene en ellos gran ayuda para apuntar; colocándose algunos metros delante, hay más protección; lo mismo ocurre con las lindes de los bosques y cañaverales; el tener delante y cerca roca ó piedras, es también muy perjudicial.

52.—Las partes de terreno que presentan pequeñas elevaciones, son las más á propósito para cubrirse una guerrilla, pues el enemigo se figura dónde están los tiradores, pero tarda en percibirlos y pierde tiempo y municiones.

53.—Cuando hagas el fuego avanzando, marcha con rapidez y cubriéndote lo posible: es de gran importancia que el enemigo tarde en ver cuál es tu nueva posición; en conseguir esto, consiste la verdadera eficacia del fuego por saltos.

54.—Si el avance decidido de tu contrario hace preciso el montar á caballo, la precipitación en realizarlo puede ser funesta: no debes temer nada, porque siempre fuerzas á caballo impedirán que el enemigo se eche sobre tí, sin que por ello debes obrar con calma, pues una vez montado quedas con la carabina á la espalda, lo que realizarás sobre la marcha y sable en mano, tendrás que estar pronto para ayudar al que antes te ayudó á tí.

55.—En resumen, con una perfecta disciplina y calma para moverte y obrar ante el enemigo, como la hacías en el campo de instrucción, resultará muy util tu esfuerzo en el combate y podrás, en espacio de tiempo siempre corto, mantenerte á la defensiva, para recuperar á los pocos momentos tu gran poder ofensivo.

### VII.—Utilización del terreno

56.—Los accidentes del terreno pueden utilizarse para lograr una buena posición desde donde poder hacer fuego ó

para cubrirse en una marcha de avance hacia otra posición más avanzada y también al retirarse por medio de saltos.

57.—Cuando se trate de lo primero, ten presente que lo principal es ganar bien al enemigo y solo, después conseguir esto, te es lícito aprovechar los accidentes del terreno para guardarte del fuego del contrario.

58.—En una altura, no te pongas en su parte más alta, sino algo delante, pues de lo contrario, el enemigo distinguirá con toda claridad tu silueta: si aquél está más bajo que tú, baja la puntería cuanto puedas, y si no le ves bien apunta y dispara de rodillas ó de pie, según convenga, y ocúltate para cargar.

59.—El fuego de abajo á arriba, es más certero que el que se hace en sentido opuesto, por lo cual no debe importarte que el enemigo esté más alto que tú, y deben parecerte buenas posiciones la falda de una montaña, caminos en desmonte, torrentes, etc., teniendo siempre presente lo de que lo primero es batir al enemigo y no cubrirse, pues haciéndole daño,



disminuye el peligro para tí, sucediendo lo contrario si aquél permanece indemne.

60.—Las trincheras son muy útiles, así como los pequeños pozos que tú puedes hacer, pero nunca tomes como definitivas tales posiciones: debes estar siempre dispuesto para abandonarlas y trasladarte á otro punto en cuanto el enemigo se oculte á tu vista: si en el nuevo sitio te atrincheras rápidamente, desconcertarás al enemigo que hará un fuego muy incierto al no verte.

61.—Los bosques no ofrecen la protección que á primera vista parece, pues el guarecerse detrás de los árboles, si estos no son muy gruesos, nada resuelve: las lindes no conviene ocuparlas, porque á ellas dirigirá el enemigo sus tiros: lo más práctico es situarse 40 ó 50 m. delante, cubriéndose con trincheras ó accidentes naturales, pues así el contrario es lo más probable que haga fuego al bosque.

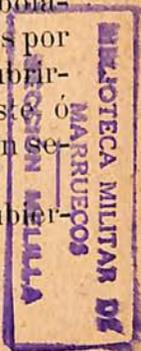
62.—Por la misma razón, no debes resguardarte detrás de vallas, setos, cañizos, ni cualquier otro accidente por el estilo.

63.—Cuando se trate de muros, podrás disparar por encima de ellos ó abriendo aspilleras, según te se ordene: en el primer caso, debes echar tierra ó yerba encima y nunca asomarte ni hacerte visible antes de que te lo manden.

64.—Los grandes montones de hojas, paja, ramas, etc., son muy visibles y dan poca protección: si conviniera usarlos, debes esparcir las hojas ó lo que sea, cubriéndote en los montones que más insignificantes parezcan.

65.—Los accidentes del terreno pueden también utilizarse para cubrir un avance que tenga por objeto cambiar de posición; cuando se trate de terreno cubierto, procura sobre todo adelantar mucho, más que marchar rápidamente, llevando siempre el arma preparada para de nuevo romper el fuego: las líneas de arbolaro, las hondonadas y demás obstáculos por el estilo, te serán muy útiles para cubrirte: al oír la voz de alto, si te retrasaste ó adelantaste en el avance, recobra en seguida tu puesto en la línea.

66.—Tratándose de terreno descubier-



to, procura marchar por sitios que estén en sombra, con lo cual te harás menos visible, y avanza todo lo rápidamente que puedas, para dificultar al enemigo el cambio de alza, pues así el fuego que te haga durante el avance será del todo ineficaz: si te es posible, utiliza los límites entre cultivos distintos y mejor aún las cortaduras cuya dirección sea oblicua con respecto á la de la línea enemiga.

67.—En cuanto llegues á la nueva posición, rompe el fuego sin precipitarte, excepto en el caso de que se hubiese dispuesto lo contrario al ordenar el avance: procura enterarte en seguida de donde está tu jefe y no te quedes en el mismo sitio en que te sorprenda la voz de alto, si desde él no descubres un buen campo de tiro: trasládate con rapidez y aunque sea á rastras á donde creas poder usar tu arma con más éxito.

68.—Si formas parte de un sostén, avanzarás, según ordene tu jefe, con todos tus compañeros ó individualmente, debiendo llegar al punto que te señalen: procura enterarte bien de cual sea aquél

y marcha con rapidez observando las reglas anteriores.

69.—Cuando te manden incorporar á la guerrilla, hazlo rápidamente y, en cuanto llegues, entérate de quién es el que manda y clase de fuego que hay que hacer, así como de la distancia y objetivo: ten presente que lo certero de tus disparos ha de probar tu serenidad y que hay en tí ardor para atacar.

70.—Según vaya siendo menor la distancia entre tu línea y la del enemigo, te servirá menos el terreno para cubrirté: tu avance significa que el contrario está muy quebrantado, y como su propio fuego será mucho menos certero, debe importarte poco el tener menos protección: cuanto más te acerques más calma y aplomo debes emplear en el manejo de tu arma; en tales momentos, como dice un ilustrado escritor: “la victoria reside en tí mismo: si no pierdes la serenidad y te conduces como en el campo de instrucción, la obtendrás seguramente.”

### VIII.—La exploración

71.—La exploración, que en la mayor parte de los casos se confía al arma á que pertenesces, fué la base de que ilustrados caudillos y escritores dijeran “que la caballería, es algo así como los ojos del ejército:” figúrate si será delicado el servicio y de importancia.

72.—Explorar, en lenguaje corriente, significa *ver*: en el lenguaje militar, explorar significa *ver sin ser visto*, siendo dos las cosas principales de eso que parece un contrasentido: *ver* el terreno y al enemigo sin que él te vea, á fin de que el ejército del cual formas parte conozca la tierra que pisa y lo que su contrario intenta.

73.—Claro es que á tí no te incumbe formar juicio sobre lo que la exploración dé de sí, pero como tus trabajos exploradores constituyen el servicio, bueno es que conozcas en qué consiste, para que ni un momento lo olvides, siempre que te manden explorar.

74.—Recapacita sobre lo que es un ex-

*plorador* y seguramente sentirás cierto orgullo al comprender que, de lo que hagas en tal concepto, dependen los éxitos de todo el ejército y, lo que debe serte aun más apreciado, su seguridad: es decir, que con explorar, si lo haces con tus cinco sentidos, pones á cubierto á tus compañeros de armas de toda sorpresa ó emboscada que pudiera serles fatal: lo elevado de tu misión, bien merece que aguces el ingenio y te muestres digno de ser soldado de caballería.

75.—Aunque son dos los fines de la exploración, como siempre se realiza en país ocupado ó amenazado por el enemigo, hay que atender á las cosas que es decir, á reconocer el terreno, verificar la situación del enemigo y sus intenciones, por lo que siempre que se avance, que reconozcas cualquier accidente, aunque nada te hayan dicho, procura adquirir noticias sobre la presencia ó proximidad del contrario, pues por lo menos obtendrás el dato de que no anda por allí, y á tu jefe le será útil saberlo.

76.—Es indispensable te penetres bien

de que el explorador no debe alejarse mucho de su fuerza, lo que se llama mantener el contacto con ella, pero con cierta libertad, pues si comprendes que alejándote algo más, podrás adquirir alguna noticia de importancia, no vaciles en hacerlo; con ello no incurrirás en el enojo de tus jefes.

77.—Como siempre que explores irás con otro compañero formando pareja ó con varios constituyendo una patrulla, cuando llegue un caso como el del número anterior, puedes consultar con los que te acompañen, pues suele decirse que “cuatro ojos ven más que dos”.

78.—Siempre que encuentres alguna fuerza enemiga, practica al pie de la letra lo de ver sin ser visto: escóndete y con mucha cautela procura distinguir cuántos son, á dónde se dirigen, si llevan los caballos cansados (cuando sean ginetes) ó si por el contrario van descansados, qué armas llevan y cuanto pueda servirte para comprender la misión que les guía, y sin cuidarte de ordenar todos esos datos, trasmítelos á tu jefe.

79.—Si durante la exploración eres visto por alguna fuerza enemiga, ten presente que el explorador no debe combatir más que cuando tenga muchas probabilidades de vencer, pues si entablas la lucha y te derrotan, el ejército de que formes parte se quedará sin las noticias que pudieras haberle proporcionado.

80.—Todo grupo explorador que se ve atacado por el enemigo, debe en seguida resolver quién se queda para hacer frente y quién retrocede para dar cuenta de lo que ocurre: si te toca ser de los primeros, procura á toda costa que el contrario no se entere de por dónde se fué tu compañero y sobre todo evita que lo persiga: defiéndete lo que puedas y, en cuanto veas una ocasión favorable, huye para incorporarte á los tuyos.

81.—Cuando sea posible, lo mejor, al ser visto por un grupo enemigo, es simular la huida para esconderte en un sitio próximo y desde allí observar, mientras uno de los exploradores marcha á dar parte: si se consigue engañar al contra-

rio, procede seguir la marcha con las debidas precauciones, pues es una ventaja enorme interponerse entre las fuerzas exploradoras enemigas y que ellas lo ignoren.

82.—El encontrarse uno ó varios grupos de enemigos, no debe ser causa de que los exploradores retrocedan: lo prudente es dividirse y mientras una ó varias parejas se hacen visibles para llamar la atención del contrario, las demás deben atravesar su línea y seguir el servicio hasta donde sea posible: en último caso atacaráse por la espalda á los que rebasaran y algo se habrá conseguido.

83.—Sea cualquiera el objeto de la exploración que realices, procura adquirir cuantas noticias puedas acerca del enemigo, y ten presente que dichas noticias serán de gran utilidad si consigues comprobarlas, obteniéndolas de distintas personas que no tengan, entre sí, conocimiento ó relación, pues de otro modo pueden estar convenidas y presentarte como indudable lo que á ellas ó al contrario convenga.

84.—Aunque las noticias que obtengas sean muy contradictorias, no te las guardes, transmítelas á tu jefe, expresando cómo obtuviste cada una de ellas, pues quizá aquél estudiando las contradicciones, deduzca algo positivo.

85.—Al interrogar á cualquiera para adquirir datos sobre el enemigo, emplea las menos palabras posibles; no vaya á resultar que siendo tú el que preguntas, te quedes sin saber nada y en cambio le des al otro datos que serán de gran valor para el enemigo: hay que tener algo de malicia, sobre todo cuando se trate de un país que sea de tu contrario ó en el que lleve algún tiempo establecido.

86.—Solo en casos muy excepcionales, te valdrás de imponer miedo para adquirir noticias, pues si tropiezas con un hombre decidido nada conseguirás, y si hablas con uno que sea cobarde, porque no le maltrates, te dirá cuanto crea que pueda agradarte, dándote muchas noticias para librarse de tu furia, pero todas falsas.

87.—En cualquier caso, ten presente

que el explorador no debe alarmarse nunca; cuanto mayor parezca el peligro, más sagacidad debe emplear para enterarse de todo, con calma, sin precipitaciones y sin dejarse llevar de la primera impresión, pues si no procede así, las noticias que transmita á sus jefes, no tendrán valor alguno.

88.—Los reconocimientos de casas, caminos, pueblos, bosques, alturas, y demás accidentes, aunque tienen sus reglas generales, varían en cada caso, según el objeto del reconocimiento, por lo que será lo más prudente que te atengas á las órdenes recibidas.

89.—Cuando se sospecha que el enemigo puede estar en el sitio que se reconoce, es conveniente echar pie á tierra, por lo menos uno de los que forman la pareja, y acercarse ocultándose, tanto para cerciorarse, como para deducir de lo que se vea: esto debes aplicarlo sobre todo al reconocer casas aisladas, caseríos, bosques, y, en general, todo local cerrado que pueda ocultar gente.

90.—Para reconocer toda clase de ca-

minos, ten presente que una de las cosas que más interesa, es el estado en que se halla y las dificultades que las tropas de cualquier arma podrán encontrar en su marcha por él: también es conveniente que te fijes en los edificios, alturas, bosques, etc. que haya cerca y puedan servir de abrigo para una emboscada: en cuanto á noticias sobre el enemigo, á más de los indicios que puedas adquirir en el camino, pregunta á cuanta gente creas que pueda informarte.

91.—Si se trata de vías férreas, interesa más que nunca conocer su estado, para lo cual debes fijarte mucho en los desperfectos que el enemigo pueda haber causado: observa con detenimiento las uniones de los carriles, y en las curvas, sobre todo aquellas que vayan por dentro de una trinchera, mira bien la vía: es sitio muy á propósito para poner un obstáculo; cuanto observes anormal, aunque no te des cuenta de lo que sea, avisa á tu superior para que pueda ser examinado por quien comprenda lo que pueda haber.

92.—En cuantas vías de comunicación

reconozcas, las obras de fábrica, puentes, viaductos, túneles, etc., han de ser objeto de una detenida inspección, pues serían funestas las consecuencias, si una rotura te se pasa inadvertida: sobre todo, los puentes de madera míralos muy despacio por todas partes: en ellos es muy fácil encubrir una destrucción que solo sea notada cuando no haya remedio.

93.—Cuando te manden reconocer una altura, deberás fijarte en si es fácil ó no subir á ella, y más que nada en el terreno que domina, caminos que desde ella se ven, caseríos, pueblos, ríos, etcétera; al mismo tiempo, debes observar bien el campo en todas direcciones, pues será probable que distingas algo referente al enemigo.

94.—En los reconocimientos de ríos poco será lo que te incumbe: generalmente te encargarán cometidos aislados como el ver á donde conducen los caminos, qué clase de edificios hay en las orillas, qué clase de arbolado, y otros parecidos: en cualquier caso, penéstrate

bien de lo que te manden y atiende bien á ello.

95.—Si te mandan reconocer un vado, lo primero, si es posible, pregunta á la gente del país sus condiciones, pero no te fíes de lo que te digan, compruébalo por tí mismo; si nada puedes averiguar, haz el reconocimiento á caballo, y aunque casi siempre podrás fiarte de su instinto, conviene que te procures un palo ó caña del largo de una lanza, para ir tanteando el piso antes de avanzar; si puedes conseguir una barca ó algo parecido, sería lo mejor; ten presente que los vados como mejor se conoce dónde están es cuando llega un camino á una orilla y luego continúa en la otra; cuando veas que el cauce de un río se ensancha de pronto, de un modo notable, casi siempre encontrarás un vado en la parte ancha.

96.—Cuando reconozcas una línea telegráfica, fijate en los postes, pues aunque parezca que están como deben, podrán estar falseados; si la tierra próxima á ellos está recién removida, hay que poner al descubierto algo de poste, porque

podiera estar cortado; los aisladores y el hilo, también has de mirarlos con calma; cualquier cosa que te parezca rara, trasmítela á tu superior; al examinar los postes, mira si hay alguno de los llamados *ladrones*; éstos suelen tener á lo largo una hendidura y dentro de ella un alambre fino; los reconocerás fácilmente removiendo la tierra, pues si existe dicho alambre en la parte de poste enterrado, estará casi al descubierto.

97.—Sea cualquiera el objeto de tu reconocimiento, debes comunicar todo lo que te parezca raro, aunque creas que es insignificante, pues además de que muchos detalles pequeños pueden constituir uno grande, el que menos importancia parezca tener, puede significar algo serio que quizá tú no comprendas.

### IX.—El servicio de seguridad

98.—Es un servicio de exploración, pero se llama así porque se practica siempre á corta distancia de tropas en marcha, ó en reposo, sin otro objeto que

el de prevenirlas contra una sorpresa, estableciéndose de modo que, si se presenta el enemigo, tengan aquellas tiempo de tomar el orden de combate.

99.—Cuando te toque desempeñar tan honroso servicio, en todo lo que hagas ten presente que lo principal, es impedir que el contrario atraviese la red de seguridad, que observen uestros movimientos, y ponga sobre aviso á las fuerzas propias.

100.—El contacto entre los que velan por la seguridad, es en absoluto indispensable, así como el no perder de vista á las tropas que cubren: para ello lo más conveniente es cumplir al pie de la letra las órdenes recibidas y reconocer el terreno palmo á palmo, sin que pueda advertirse nada donde el enemigo pueda ocultarse.

101.—Así como en la exploración no hay inconveniente alguna vez en que los exploradores del contrario atraviesen la línea propia, en el servicio de seguridad hay que impedir á toda costa tal penetración, pues con ella el enemigo se entera-



BIBLIOTECA MILITAR  
MARRUECOS

rá de cuanto se refiere al ejército, y esto, en la guerra, es adquirir una gran ventaja.

102.—Toda tropa debe desempeñar bien el servicio de seguridad; tú contribuirás, con hacer cuanto te se ha enseñado para la exploración, exagerando las reglas que allí te se dieron, sin más variación que la de supeditarlo todo á evitar que el enemigo sorprenda al ejército de que formas parte.

103.—El principio de “ver sin ser visto,” hay que aplicarlo también, pero sin exagerar, pues muchas veces convendrá sobre todo *ver*, sea ocultándose ó apareciendo; así como la misión del explorador no es combatir, sino accidentalmente, en el servicio de seguridad lo frecuente es el combate con las patrullas ó parejas enemigas, á fin de evitar que se metan en la zona por donde el ejército se mueve.

104.—También es interesante en el servicio de seguridad, más aún que en el de exploración, el adquirir noticias sobre el enemigo, tarea muy fácil marchando

por país amigo, pero muy difícil si el avance se verifica en terreno ocupado por el ejército contrario; en este último caso, tendrás que apelar á la astucia, practicando la máxima de *saber sin preguntar*; no olvides nunca el precepto de transmitir todo lo que sepas, expresando el conducto por donde adquiriste el conocimiento, sin meterte en deducciones que ya hará quien deba hacerlas.

105.—Si vas agregado á otras fuerzas y te confían la conducción de un parte, comprende lo importante de tu misión y lo preciso de que, dicho parte, á *toda costa* llegue á su destino, pues de que suceda ó no, puede depender la suerte de todo un ejército: si caes en poder del enemigo, no vaciles en destruir el escrito, aunque sea comiéndotelo, todo menos que el contrario se entere de lo que aquel contiene.

106.—Podrá también suceder que te confíen un parte verbal: en tal caso, no te importe el rogar que te lo repitan varias veces, para que te enteres bien de lo

que has de decir, y, una vez en presencia de la persona á quien debas transmitirlo, hazlo fielmente, aunque te parezca muy raro lo que te hayan dicho; si el que recibe el parte te hace algunas preguntas, será con idea de que aclares ó amplies lo dicho: contesta lo que sepas, pero solo aquello de que tengas seguridad, nada de exponer dudas ni cosas que tú creas haber visto.

107.—Las tropas en reposo, acantonadas, en campamento ó vivac, suelen establecer el servicio de seguridad en dos escalones: el primero, que es el más compacto y el más fuerte, se encomienda á la infantería que establece un cordón en forma de abanico, por medio de puestos cuyo efectivo es variable y situados en los caminos que conducen al campo, en alturas próximas y, en general, en todos los sitios por donde puede presentarse el enemigo y en aquellos que permiten distinguir y vigilar gran extensión de terreno: cuando esto sucede, la caballería, por medio de parejas ó de patrullas, sirve de enlace entre los puestos de infantería

y además establece una red de exploradores, más alejada que la de aquella arma, con objeto de hacer más difícil cualquier sorpresa, poniendo á cubierto de ella á las fuerzas á pie que prestan el servicio de seguridad próxima.

108.—Para que comprendas bien el objeto y utilidad de este servicio, conviene sepas que se establece á una distancia tal del ejército acampado que, si el enemigo se presenta en las avanzadas, éstas tengan tiempo de avisar y las tropas que reposan de ponerse en disposición de combatir, antes de que el enemigo atraviere el espacio que hay entre los puestos más avanzados y el grueso; con un ejemplo lo comprenderás todo mejor: un jinete, al galope, puede recorrer en cinco minutos dos kilómetros; una fuerza que avanza para atacar, necesita, para recorrer ese mismo espacio, treinta minutos; si una pareja de exploradores está situada á la distancia dicha del grueso de su fuerza, cuando ésta sepa que llega el enemigo, tendrá veinte y cinco minutos de tiempo para ocupar sus

posiciones y aprestarse á la defensa.

109.—Comprendido ya cuál es el mecanismo del servicio de seguridad, fácil te será desempeñarlo bien: mientras estés en las avanzadas, tu misión consiste en vigilar con sumo cuidado la zona que te asignaron: en cuanto el enemigo se presente, debes llegar, cuanto antes, con la noticia al puesto de que dependas.

110.—La vigilancia requiere un reconocimiento preliminar de los alrededores del sitio en que te coloquen, sobre todo, de los caminos y porciones de terreno que permitan la marcha de tropas; una vez enterado de lo que antecede, no es necesario que te sitúes en el punto preciso que te dijeron ni que permanezcas inmóvil en uno mismo; escoje, sin alejarte, el paraje más á propósito para observar las avenidas ó los sitios de acceso á la posición que guardas, y si encuentras dos ó tres puntos buenos para que la vigilancia sea completa, ves de uno á otro cuantas veces lo consideres necesario.

111.—Fijada tu posición, ten presente que conviene no te hagas muy visible, no

fumes, de noche, ni te distraigas en conversaciones con tu compañero: cuanto notes anormal ó raro, debes en seguida aclararlo y enterarte de lo que es, pues tan perjudicial puede ser que descuides algo, como que causes en el campamento una alarma injustificada.

112.—En el caso de que veas al enemigo, intenta conocer su fuerza en número y calidad, antes de dar conocimiento; pero si ves que avanza decidido, corre á dar cuenta de su presencia, conformándote con los detalles que hayas podido observar, sin añadir suposición alguna á menos que sea muy fundada.

113.—Como nunca estarás solo para prestar ese servicio, lo más conveniente es, si sois dos, que vaya uno solo á dar parte, por si mientras el otro puede observar algo de interés: si te toca hacer esto último, has de emplear gran cautela y llegar hasta donde puedas, pero si por el avance del enemigo ves posible la sorpresa, sin vacilar marcha á dar cuenta de tus observaciones.

114.—Para que todo lo dicho puedas

realizarlo pronto y bien, conviene que estés enterado de dónde tienes que llevar tus noticias, quién es tu jefe inmediato y el camino más corto para llegar hasta él; todo ello, si no te lo enseñan al establecer el servicio, puedes verlo alternando con tu compañero, de modo que mientras uno vigila el otro adquiera dichos datos.

### X.—La batalla

115.—Es el momento culminante de la vida, en las instituciones militares; en él, ha de mostrarse la instrucción adquirida durante la paz y el valor que consigo lleva el ejecutarlo todo según el sabio principio de que “todo servicio, en paz y en guerra, se hará con igual puntualidad que al frente del enemigo”.

116.—A tí, como individuo del arma de las luchas heróicas, te incumben en el combate, varias misiones, á cual más honrosa y más noble; para que de todo te enteres, bueno será describirte á grandes rasgos lo que es y significa el en-

cuentro en el campo de batalla de dos ejércitos beligerantes.

117.—Dos ejércitos se ponen siempre en contacto por medio de sus fuerzas avanzadas en vanguardia; cuando esto ocurre, la caballería avanza con decisión para reconocer el terreno y la posición y fuerza del enemigo; si la caballería del contrario le sale al encuentro, debe lanzarse sobre ella é impedir, á toda costa, que se acérque á observar ó molestar los movimientos del resto del ejército. Enterado el jefe superior de cuanto concierne al enemigo, dispone la colocación de todas las armas y comienza la batalla.

118.—Generalmente, la primera lucha tiene lugar entre las dos artillerías y, mientras se verifica, la infantería avanza cautelosamente hasta la línea donde ha de romper el fuego; la caballería reconcentrada en sitio á propósito, se mantiene siempre dispuesta á entrar en acción, en cuanto la enemiga se mueva, y á todo trance impide el ataque á cualquier parte de la línea.

119.—Combinando su acción la Infan-

tería y Artillería, avanzan, y cuando su fuego quebranta al enemigo es llegado el momento del ataque; los infantes avanzan rápidamente haciendo un fuego intenso; los artilleros aumentan la velocidad de sus disparos, y los ginetes, con audaces marchas, amenazan envolver á tal ó cual fracción; pasado un instante, suenan clarines y tambores y el ejército entero se lanza sobre el contrario, luchando con el arma blanca si, tenaz ó poco quebrantado, no abandona sus posiciones.

120.—El papel de la caballería, en el período decisivo del combate, es el más brillante; prodiga sus cargas, para impedir en el contrario todo lo que parece reacción; si el ataque tiene éxito, persigue breves momentos á los vencidos, hasta diseminarlos por completo; si la suerte es adversa, coloca sus escuadrones entre las fuerzas propias y el vencedor y sacrificándose, si es preciso, impide la persecución, convirtiendo en retirada digna y ordenada, lo que en un principio era huida.

121.—¿Has comprendido cuál es tu papel y lo que de tí esperarán tus hermanos de armas? siempre que avances, lo harás para impedir una catástrofe; por eso tu presencia será acogida con verdadero júbilo, y cuanto hagas para demostrar tu ardor y tu buena instrucción, nunca será mucho, ante lo que debe engrairte tu poder avasallador que escritores insignes admiten al hablar de *el huracán de la caballería*.

122.—Para realizar tan bellas proezas poco necesitas: temple de alma, como seguramente tienes, para no vacilar ni desfallecer nunca; considera siempre, cualquiera que sea el estado de tu ánimo, cómo será el del contrario á quien vas á contener; seguramente mucho peor que el tuyo, y á un enemigo que te tiene miedo poco ha de costarte vencerlo.

123.—Permanece siempre atento á las voces y menores indicaciones del que te mande, y cuando no puedas percibir ni unas ni otras, síguele siempre, conservando en lo posible el orden de formación; una buena caballería, no necesita

otro mando que la acción de su jefe, á cuya proximidad debe mantenerse siempre en actitud resuelta y ordenada.

124.—Sea cualquiera la clase de combate en que intervengas, nunca debes pensar en si tu situación es más ó menos comprometida; la del enemigo será muy parecida y las más de las veces peor; aunque la tuya te parezca muy mala es porque no ves la otra; no hay pues motivo para que te acometa el desaliento: siempre has de conservar la confianza en tu poder y buena instrucción.

125.—Jamás debes pensar en que el combate lleva una marcha desfavorable para las tropas de que formas parte; pero por ello, no creas que desaparecerán las dificultades; el más inteligente esfuerzo de tus superiores solo puede conseguir que aquéllas sean menores; todo en la vida es lucha y sin ella no hay triunfo; para lograrlo, una de las mayores probabilidades consiste en la confianza que el mando debe inspirar á los que obedecen, pues por algo manda.

126.—El peligro no debes temerlo nun-

ca, por la sencilla razón de que nadie puede saber donde está; si, por cobardía, tu esfuerzo y tu acción son menores de lo que debieran ser, debilitarás la fuerza de tu ejército, resultando que, por querer conservar la vida, la expones más, sin tener en cuenta que Dios, dueño absoluto de ella, es quien ha de disponer, lo mismo cuando estés entre numerosos peligros, que cuando parezca que no te amenaza ninguno.

127.—Mientras dure el combate, no te preocupes de los heridos que caigan, ni de prestarles auxilio, pues para ello hay tropas especiales; tampoco debes ocupar parte en lo que hagan los demás: cumple, en todos los casos, con tu deber y así darás buen ejemplo á tus compañeros.

128.—Aunque el enemigo se presente cuando menos lo esperes, no pienses en la derrota: siempre es posible y fácil vencerle, poniendo en el manejo de tus armas la mayor serenidad y la más absoluta disciplina.

129.—Todo retardo en el cumplimien-

to de una orden, la menor perplejidad, aumentan las bajas, mientras que las disminuyen la osadía y la propia confianza (máxima de Oku).

130.—Para una buena tropa no debe haber flancos ni retaguardia, sino que todo ha de ser frente por donde pueda llegar el enemigo (máxima de Dragomirov).

131.—Durante el combate, no pienses en el relevo; empezada la lucha, permanecerás allí hasta el fin; serás apoyado, jamás relevado (máxima de Dragomirov).

132.—Cualesquiera que sean los obstáculos inesperados que se alcen en el camino de la victoria, piensa en superarlos en lugar de entregarte á recriminaciones inútiles (máxima de Dragomirov).

133.—Si observas cuanto va dicho, no dudes que contarás tantas victorias como batallas en las que intervengas, y te parecerá sobrado premio, al oír las ventajitas que la Patria obtuvo por tales triunfos, el pensar que tu valor, tu disciplina y tu instrucción obtuvieron aquellas ventajitas que tan bien parecen á tus conciudadanos: aunque al exterior nada

se trasluzca, aunque tu satisfacción sea solo íntima, no te importe: esas son las que mayor placer producen; nada tan hermoso como que la conciencia diga al individuo “estoy satisfecha de tí”.

### XI.—La carga

134.—Según el reglamento táctico, la carga es una marcha de velocidad creciente; su objeto es arrollar el enemigo y batirle después, dependiendo su éxito del valor, del buen orden de la tropa, estimulada por el ejemplo de sus oficiales y del ímpetu y vigor de los caballos en el choque.

135.—Durante ella, sea cualquiera el enemigo que tengas al frente, debes conservar la cohesión con tus compañeros y no perder de vista al que te mande, pues por lo mismo que la carga es un movimiento decisivo, puede ser peligroso llevarla hasta cierto extremo, y de allí la necesidad de mantener constante atención á las indicaciones que el jefe de una fuerza haga sobre concentración en un

punto determinado, ó suspensión del ataque.

136.—Cuando veas que el enemigo se retira sin esperar vuestra llegada, no te dejes llevar del entusiasmo y, más que nunca, ves prevenido á lo que pueda ordenar tu oficial; casi siempre, esas retiradas prematuras llevan consigo el atraer á una emboscada, y el que ataque debe ser muy prudente y no envalentonarse, por el riesgo que podría correr.

137.—Cuando la lucha sea favorable y el enemigo se retire, te mezclarás con él, y poniendo de manifiesto el dominio sobre tu caballo y la agilidad en el manejo de las armas, debes contribuir á vencerlo por completo, pero sin desatender las órdenes del que te mande, permaneciendo atento á los toques que pueda ordenar, pues si el enemigo recibe refuerzos ó consigue reorganizarse, será preciso que tu fuerza haga lo mismo.

138.—Las prevenciones anteriores debes observarlas aún con más cuidado si la lucha es desfavorable y te ves obligado á retirarte, pues solo lo harás dig-

namente mostrando gran calma y serenidad en la agrupación que tu jefe ordenará, bien para volver á cargar, bien para dejar libre el frente á fuerzas que vengan detrás.

139.—En las cargas en línea, mantente unido á tus compañeros, pues dicho ataque ha de tener lugar con una gran cohesión, debiendo llegar las dos filas compactas, sin opresión y á la debida distancia; si vas en la segunda fila y ves caer á tu compañero de la primera, ocupa enseguida su puesto; no te preocupes si durante la carga os causa el enemigo muchas bajas: alguno llegará y con pocos que lleguen hay bastante para obtener la victoria; ten presente que las cargas de una caballería bien instruída que avanza con la firme resolución de vencer ó morir, no hay quien las resista; de ejemplos de ello está llena la historia.

140.—Cuando cargues á discreción, que será cuando el enemigo se presente en distintos grupos, no marches sólo contra ningún punto de su línea; en estas cargas, cada cinco ó seis soldados de los

que están más próximos se reúnen sobre la marcha y acuerdan el grupo enemigo hacia el que van á dirigirse, cargando sobre él con decisión, sin fijarse en el resto de la fuerza propia, cuidando, sin embargo, de que, por quedar libres de ataque tres ó cuatro grupos enemigos inmediatos, puede malograrse la acción común.

141.—En la carga contra caballería, el procedimiento infalible para vencer consiste en ser el primero en el ataque y llegar con los caballos menos cansados; con arreglo á ello, sobre lo que te ordenen debes poner cuidado en no malgastar inútilmente las fuerzas de tu montura, evitando que se excite antes de tiempo; una vez empezado el ataque, piensa que el más decidido es el que vence y que la situación de tu enemigo es, en el caso más favorable, como la tuya, lo que será raro, pues contra la caballería, generalmente, se carga por su flanco ó mientras realiza una maniobra, en el cual caso, las probabilidades de éxito están á tu favor.

142.—Contra la artillería se carga

siempre á discreción y el obtener la victoria es sumamente sencillo: marchando muy rápidamente y poquísimos tiempo en una misma dirección, se anulan, casi por completo, los efectos del fuego, y en cuanto *se llega* se ha triunfado; por mucha serenidad y buena instrucción que tengan los artilleros, es tan corto el número de disparos que pueden hacer y tan insegura la puntería sobre distintos grupos que se les van encima, cada uno por un lado, que nada ó muy poco tiene que temer el jinete en este caso.

143.—Para la infantería, se emplean los dos sistemas: la carga en línea y la carga á discreción; cuando aparece formada en núcleos ó masas, se emplea la primera forma de ataque y cuando está en guerrilla la segunda; en todos los casos, aunque se trate de infantes serenos, bien instruídos y buenos tiradores, vencerá la caballería casi siempre, pero si nunca aparecerá más que por sorpresa y ya á muy corta distancia, los disparos que reciba podrán ser numerosos, pero su efecto será un poco, muy poco mayor que si

se tratara de tiros al aire; el infante que ve venir sobre sí una masa de lanzas ó de sables, que apenas tiene tiempo de percibir, ni apunta, ni tira más cartuchos que los que tenga en el arma, y en cuanto á la resistencia que con la bayoneta pueda ofrecer, una vez los caballos dentro de sus cuadros ó grupos, queda reducida á algunos combates individuales, verdaderos actos heróicos, que en todas las tropas se ven, sin que el resultado práctico corresponda al valor y abnegación que suponen.

144.—En general, el ginete que carga, debe tener presente que su potencia ofensiva es enorme, que aumenta por la velocidad con que ataca y que es muy poco lo expuesto que está al fuego del enemigo; si llega á las fuerzas contrarias, el triunfo es siempre suyo, y para llegar no necesita sino presentarse de pronto y que su avance sea rápido, impetuoso, sin mirar por dónde, ni contra quién, y olvidando que á retaguardia queda terreno por donde retroceder.

## XII.—El combate individual

145.—El final de una carga, cuando el enemigo espera el choque, es siempre el combate individual, llamado así, porque cada soldado de los atacantes, rompiendo la formación, sin que esto signifique disgregarse demasiado, trata de inutilizar el mayor número posible de adversarios, siendo lo frecuente la lucha con uno solo, aunque algunas veces tenga que ser con varios.

146.—Llegado ese momento, sea cualquiera el arma de que dispongas, procura no quedar muy aislado, á fin de evitar el que los enemigos te cerquen: debes ir, en lo posible, cerca de algún compañero, para que puedas ser auxiliado por él ó ayudarle tú.

147.—En el caso de que te encuentres sin enemigos á quienes combatir, incorpórate al grupo de compañeros en el que creas que serás más útil, teniendo siempre presente que es poco noble herir por detrás ó reunirse varios contra uno: sin embargo, cuando peligra la vida de algu-

no de los tuyos, las anteriores consideraciones no pueden tenerse en cuenta: la guerra, desde el momento en que exige la inutilización del adversario, no siempre puede ser noble.

148.—Si tu arma es el sable, cuando luches con un infante dirige las cuchilladas de arriba abajo, teniendo cuidado al inclinarte de no perder el equilibrio; los quites que hagás para evitar los bayonetazos, que sean rápidos y muy enérgicos; no será difícil, haciéndolos así, que consigas desarmar á tu adversario y vencerle sin herirle.

149.—Para luchar con un lancero, lo más práctico es acercarse mucho para impedirle el libre manejo de su arma.

150.—Contra un enemigo que tenga, como tú, sable y esté á caballo, ten presente, para vencer, que en esta clase de combates la ventaja está siempre de parte del jinete que mejor monta y más adiestrado tiene su caballo.

151.—Si eres lancero, debes dirigir las lanzadas al busto de tu adversario, excepto en el caso de que sea coracero,

pues entonces deben ser dirigidas al sobaco, al cuello ó al vientre.

152.—Cuando te veas atacado por algún enemigo de infantería procura defenderte con quites á la izquierda, pues el infante, por la manera de empuñar su fusil cuando lo emplea como arma blanca, resiste peor los golpes de izquierda á derecha, que los de la dirección contraria.

153.—Siendo varios los que te atacuen, y montados, el movimiento que te será mas útil, es el de *proteger la circunferencia del caballo*: con él conseguirás mantener alejados á tus enemigos, debiendo prevenirte contra las cuchilladas que te dirijan para separarte la lanza.

154.—Contra un infante sereno que te espere en guardia, amenázale la izquierda, dirigiendo un quite hacia dicho costado suyo y en seguida dirígele una lanzada contra su flanco derecho: si obras con rapidez, es seguro que no podrá parar el golpe.

155.—Siempre que luches con solda-

dos de infantería, ten presente que tratarán á toda costa de inutilizarte el caballo, por lo que debes defender á éste, casi más que á tí mismo.

156.—Sea cualquiera el arma que uses, no olvides que es mucho mejor atacar que defenderse, sobre todo, cuando no tengas más que un adversario.

157.—Si durante el combate persigues un corto trecho á tu adversario y lo rebasas, hazle frente, volviéndote á la derecha, nunca á la izquierda, pues ya sabes que el flanco de este lado es el más debil de todo ginete.

158.—En el caso contrario, es decir, cuando te persigan á tí, no tengas inconveniente en dejarte rebasar, con tal que sea por tu lado derecho: si atacas en seguida el izquierdo de tu perseguidor fácilmente podrás vencerle.

159.—No te ensañes nunca con un adversario vencido: la guerra, entre gentes civilizadas, consiste en inutilizar al enemigo, no en destruirlo: en cuanto tengas la seguridad de que el que luchó contigo no puede hacerte daño, déjalo.

### XIII.—La persecución

160.—Sin ella, no hay triunfo positivo: con derrotar á las fuerzas enemigas poco es lo que se consigue, pues como no cabe suponer las faltas de valor y disciplina, pueden después del combate reorganizarse y cambiar por completo el resultado final de la lucha, si el vencedor permanece inactivo después de vencer.

161.—Por eso, al terminar el combate el vencido se retira y su adversario, por medio de la persecución, trata de que el movimiento sea desordenado y llegué á darse el grito de ¡sálvese el que pueda! con lo cuál, un ejército, por numeroso que sea, queda de tal manera deshecho que en bastante tiempo ningún temor puede inspirar.

162.—Como la persecución supone alejarse algo, pues deben realizarla fuerzas no entradas en acción ó que hayan tomado poca parte en el combate, la caballería es el arma que mejor puede perseguir, pues á más de la velocidad y de su potencia, no significa para ella peligro

ninguno el situarse á regular distancia del ejército.

163.—Cuando la fuerza de que formes parte sea destinada á perseguir al enemigo, piensa en lo importante de tu misión, pero no pongas, al cumplirla, un exagerado ardor: aunque parezca á primera vista que en la persecución cada uno puede ir por donde quiera, no hay tal cosa: como en todos los movimientos que realiza una tropa disciplinada, nunca los que la forman deben perder de vista al que los manda, no sólo porque éste graduará mejor hasta dónde se debe perseguir, sino porque el menor refuerzo que el enemigo reciba puede engendrar en él una reacción, cuyos efectos sentirán antes que nadie las fuerzas perseguidoras: si van de cualquier modo, podrá suceder que sean completamente destrozadas, con grave perjuicio del ejército á que pertenecen.

164.—Cuanto has leído sobre el combate individual tendrás ocasión de aplicarlo en la persecución, pero ten sin embargo presente que no debes emplear tu

esfuerzo en batirte con soldados del ejército enemigo y ponerlos fuera de combate; esto es accesorio, lo principal, en la persecución, es dividir, por lo cual en vez de acometer contra hombres solos debes dirigirte solo ó con algún compañero hacia los grupos contrarios que aún tengan algo de cohesión, y por tanto fuerza, á fin de separar á los que los formen y dispersarlos en distintas direcciones.

165.—También es interesante en la persecución evitar que se reúnan los dispersados, por lo que lo mejor es que recorras constantemente el campo en todas direcciones, unas veces solo y otras con alguno ó algunos de tus compañeros, avanzando siempre, pero con la seguridad de que no dejáis atrás unos cuantos perseguidos que fácilmente puedan reunirse y proporcionaros algún contratiempo; esto hay que tenerlo muy presente cuando las fuerzas que se persiguen sean de caballería y también cuando siendo infantes se hayan refugiado varios en casas ó edificios próximos, desde los cuales puedan hacer fuego; dicha protección

hay que evitarla cueste lo que cueste; al perseguido oblígale siempre á marchar por lo más despejado del terreno.

166.—Si haces prisioneros ó te encargan la custodia de algún grupo de ellos, ten presente que ya no se trata de enemigos, y que debes ser con ellos humano, cortés y hasta generoso: nada de insultarlos, ni mucho menos denigrarlos lo más mínimo, á ellos, ni á sus compañeros; un rival desarmado debe ser, para todo hombre noble, cosa sagrada; cuanto hagas para aliviar su desgracia, merecerá las alabanzas de tus superiores y las de ellos mismos; quizá el mayor galardón del soldado consiste en vencer al enemigo y que éste, sin verse humillado, ensalce su nobleza é hidalguía.

167.—Cuando encuentres heridos, si el cumplimiento de tu misión te lo permite, préstales todos los auxilios que te sea posible, sin mirar si son amigos ó enemigos; aunque no debas atender exclusivamente á tan meritoria tarea, pues de ello habrá quien se ocupe, si hallas algún herido abandonado, auxiliale rápidamente

lo que puedas y procura enterar de su situación á las fuerzas sanitarias.

168.—Los cadáveres no debes tocarlos siquiera, ni mucho menos quitarles efecto alguno; solo en el caso de que te haga falta, será lícito que cojas sus armas y municiones.

169.—Siempre que veas la cruz roja, bien en alguna bandera, bien en el brazo de una persona, respeta á ésta, al edificio ó al grupo, y no pongas el menor estorbo para que puedan cumplir su humanitaria tarea los individuos de esa bienhechora asociación exclusivamente dedicada á cuidar enfermos y heridos.

170.—Ten siempre en cuenta el divino precepto de no querer para el prójimo lo que no quieras para tí, y en todas las situaciones en que veas á tu adversario, después de vencido, piensa que puedes tú hallarte en una parecida, y pórtate según desearías lo hiciesen contigo.

#### XIV.—Las retiradas

171.—Cuando se emprenden á tiempo y se realizan con serenidad, son opera-

ciones tan honrosas ó más que algunas victorias; determinar el momento en que un ejército ó fracción de él debe retirarse incumbe al jefe que asume el mando, y en ello por tanto no debes pensar, pero sí en los múltiples deberes que durante dicha operación tienes que cumplir, pues, por lo general, el arma á que perteneces es la encargada de proteger las retiradas marchando siempre la última, del mismo modo que antes del combate va siempre la primera.

172.—El retirarse una fuerza cualquiera de sus posiciones ó el retroceder en una marcha, supone siempre, ó que ha sido vencida ó que vió muy probable la derrota, si aceptaba el combate; en cualquiera de los dos casos, el enemigo intentará, por medio de la persecución, estorbar el movimiento, procurando aniquilar á tus compañeros ó por lo menos dispersarlos de tal manera que les sea imposible, en algún tiempo, reorganizarse y hacer frente.

173.—Tales propósitos, en la guerra muy naturales, indican de un modo cla-

ro lo que debe hacer en una retirada la tropa que presta el servicio de retaguardia ó sea la que marcha en último término: contener la persecución del enemigo y evitar á toda costa que sus efectos lleguen á las fuerzas propias.

174.—Lo dicho se consigue con marchas escalonadas y frecuentes altos, en los que, como suele decirse, se enseñen los dientes al perseguidor, ó por medio de ataques súbitos que sorprendan al contrario y le obliguen á retroceder algo; mientras se repone y vuelve á su tarea, pasará un espacio de tiempo, durante el cual pueden hacer mucho las tropas á las que proteges.

175.—Sea cualquiera el procedimiento, necesitas demostrar tu buena instrucción y tu obediencia al que manda, más que en ningún caso; piensa bien la trascendencia que puede tener el que cumplas ó no tus deberes y seguramente nacerán en tu alma el ardor y la decisión que necesitas.

176.—En los casos en que, para cumplir tu misión, tengas que separarte de tu

unidad, obra rápida y enérgicamente, pero más que nunca procura no perder el contacto con los tuyos y no ponerte fuera del alcance de las órdenes del superior: considera que si la fuerza que protege una retirada pierde la cohesión y el enemigo se mezcla entre sus elementos, está perdido el ejército que se retira.

177.—Por muy claras y frecuentes que sean las ocasiones para derrotar á una fracción enemiga ó para obtener un triunfo personal en las retiradas, conviene no dejarse llevar del entusiasmo natural: el objeto es contener y á él debe sacrificarse todo; hay que prevenir las emboscadas y no malgastar fuerzas que en un momento de apuro podrán ser necesarias.

178.—No pienses nunca en que el enemigo, envalentonado con el triunfo, puede más que tú; lo contrario será lo que casi siempre suceda, pues el vencer cuesta mucho y generalmente el triunfo no es más que el resultado de un esfuerzo supremo que puede durar muy poco, y como siempre, después de una batalla,

los dos ejércitos que en ella tomarán parte quedan maltrechos y desorganizados, la persecución, más que un alarde de fuerza, es algo parecido al canto de los niños cuando entran en un sitio que les inspira miedo.

179.—Como el que mande el ejército á que pertenes ordenará la retirada antes de que sus fuerzas se pierdan y habrá procurado ahorrarlas mientras el enemigo derrochaba las suyas, seguramente podrás, sino burlarte de tu perseguidor, tenerlo á raya con muy poco esfuerzo.

180.—Según las circunstancias en que una retirada se verifica, las tropas de caballería encargadas de sostenerla, á más de contener al enemigo haciéndole frente y atacando cuando hay ocasión, deben crear toda clase de obstáculos á la marcha de aquél, destruyendo puentes, caminos, vías férreas, estaciones, líneas telegráficas y cuanto pueda contribuir á que las fuerzas perseguidoras adquieran facilidades y rapidez para su avance.

181.—Aunque la ejecución de tal ser-

vicio corresponde dirigirla al que te mande, tu iniciativa y buena voluntad pueden ser muy útiles; todo cuanto aprendiste en el cuartel sobre el asunto debes tenerlo muy presente, y en ciertos casos tus aptitudes naturales ó las que provengan del oficio que tenías antes de ingresar en filas, debes expresarlas, para no permitir, por ejemplo, si eres carpintero que se ponga á desclavar ó romper tablo-nes uno que era pintor.

182.—Si ante la necesidad urgente de realizar cualquier operación te preguntasen si sabrás realizarla, contesta con sinceridad; tan censurable será que no te ofrezcas para hacer lo que sepas, como que te comprometas á lo que no puedas realizar; deja el amor propio á un lado y ten presente que la salvación de muchos compañeros depende de que una destrucción cualquiera se realice pronto y bien, y á ello hay que subordinarlo todo.

183.—Si la suerte hace que con un grupo de compañeros te encarguen algo y ves que aquéllos, por timidez ó por ig-

norancia, no saben qué hacer, no vaciles en constituirte en jefe para dirigir la operación, si crees que puedes hacerlo; en cuanto vean tu capacidad, serás obedecido y respetado como si fueras tal superior; si llega este caso, ten presente que en todas las cosas de la vida y más aún en las de la guerra, el que manda debe dar en todo el ejemplo y no rehuyas ni el trabajo más penoso, ni la acción de más peligro.

#### XV.—El sacrificio de la caballería

184.—Un escritor militar de los más insignes, dijo, hace tiempo: “La caballería se sacrifica á veces; esto, que es cierto, constituye uno de los timbres más honrosos del arma á que perteneces: la enorme potencia ofensiva de que dispones, la admiración que despiertas entre tus compañeros de armas cuando, refrenando tu corcel, avanzas lanza en ristre ó con el sable en guardia en busca del enemigo, hay que pagarlo con algo, y ese algo es la obligación que tienes, llegado

el caso, de sacrificarte por los demás.

185.—Lo que sin el amor patrio y el entusiasmo que tú sientes, se llamaría penoso deber, no fué un capricho de los que establecieron las obligaciones de cada combatiente: los sacrificios, si han de ser tomados en cuenta y han de producir resultados beneficiosos, tienen que consistir en cosas de mucho valer: tú eres el que ha de sacrificarse, luego vales y puedes mucho.

186.—A poco que reflexiones, te vencerás de lo dicho y de que tú eres el único que se puede sacrificar ¿cuál es el arma que más cuesta vencer? la caballería: derrotar á una masa de lanceros ó cazadores á caballo, que avanzan como un torbellino, sin más ideal que vencer ó morir, es acción que se consigue muy rarisima vez, y cuando ello sucede es á costa de mucha sangre y de tiempo: figúrate cómo quedaría el que por un azar de la suerte, pueda decir, por una vez, que te venció.

187.—Es decir, que cuando en circunstancias extremas se ordena á la ca-

ballería que avance hacia un probable sacrificio, es porque se sabe que, ó no será vencida, ó si lo es, el enemigo quedará tan maltrecho que poco ó nada podrá contra las fuerzas propias, que á más habrán podido ponerse en salvo por el tiempo ganado.

188.—Cuando en una batalla se presenta el enemigo con enorme superioridad numérica ó, por cualquier circunstancia, se precipita la marcha del combate y hay un solo momento propicio para la retirada, los escuadrones disponibles avanzan denodadamente y, formando varias líneas, comienzan una serie de impetuosas y sucesivas cargas, que no permiten al enemigo otra cosa que una defensa efímera, sin pensar que á espaldas de aquellos héroes se reorganizan y salvan miles de hombres, al amparo del valor de unos cuantos de sus hermanos de armas ¿qué mayor orgullo para tí que ser uno de esos héroes?

189.—En cuanto á lo que en dichos casos debas hacer, se expresa en pocas palabras: sabes que el arma en que pres-

tas tu servicio tiene por lema vencer ó morir, y con ello sabes ya bastante para cumplir tu deber haciéndote digno hijo de la madre que te dió el ser y de tu otra madre, la Patria.

190.—Amor á esta y culto al honor; son los ideales de todo ejército: si tan hermosas sensaciones precisa sentir las todo el que vista uniforme, nosotros que tremolando el estandarte de la Patria, debemos lanzarnos contra el enemigo, sin mirar su número, las precisamos aún más: sintiéndolas, adquiriremos la fe y el corazón necesarios para, indiferentes, perecer en la pelea, y pedir como única recompensa que antes de cerrar para siempre los ojos, llegue á nuestro oído extentóreo ¡Viva España! lanzado por nuestros hermanos triunfantes.

FIN

## ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
I.—El ginete en la guerra. . . . .	5
II.—El caballo. . . . .	9
III.—La lanza. . . . .	13
IV.—El sable. . . . .	16
V.—La carabina. . . . .	20
VI.—El fuego. . . . .	22
VII.—Utilización del terreno. . . . .	28
VIII.—La exploración. . . . .	34
IX.—El servicio de seguridad. . . . .	44
X.—La batalla. . . . .	52
XI.—La carga. . . . .	59
XII.—El combate individual. . . . .	65
XIII.—La persecución. . . . .	69
XIV.—Las retiradas. . . . .	73
XV.—El sacrificio. . . . .	79